

XIII

Al día siguiente, cuando Petronio acababa de vestirse en el *untuario*, apareció Vinicio, llamado por Tiresias. Sabía que de las puertas no había llegado noticia alguna, lo cual le consolaba, porque era indicio casi seguro de que Licia no había salido de Roma; pero, al mismo tiempo, temía que Ursus la hubiese llevado fuera de la ciudad inmediatamente después del conflicto, esto es, antes de que Petronio hubiese enviado á sus esclavos á vigilar las puertas. Y aunque en otoño se acortaban los días y las puertas se cerraban más temprano, las abrían fácilmente los fugitivos, y su número era considerable. Tampoco era difícil salvar las murallas por otras vías conocidas de los esclavos que querían evadirse, Vinicio había mandado esclavos á todos los caminos que conducían á las provincias y avisado á las autoridades de las poblaciones cercanas con objeto de que detuviesen á Ursus y Licia, dándoles las señas precisas y prometiendo recompensas á los que dieran con ella. Pero no estaba seguro de encontrar, con tales medios, á los fugitivos, ya que á las autoridades locales no les asistía el derecho de detenerlos por el simple mandato de Vinicio, no legalizado por ningún pretor.

En efecto, Marco no había tenido tiempo para atender á semejantes exigencias. Él mismo había recorrido el día anterior toda la ciudad, vestido como un esclavo, para buscar á Licia; pero no le fué posible dar con el menor rastro.

Había seguido también á los siervos de Plaucio; pero éstos, asimismo, parecían buscar algo, lo cual le convenció de que Aulo no ocultaba á Licia y de que tampoco el viejo capitán tenía noticias de ella.

Así, pues, cuando Tiresias le advirtió que existía un hombre capaz de encontrar á la joven, se precipitó en casa de Petronio y de buenas á primeras, casi sin saludar, empezó á preguntar á su tío.

— Pronto le veremos, porque Eunica le conoce, respondió Petronio. La esclava vendrá en seguida para arreglar los pliegues de mi toga, y nos dará detalles.

— ¡Ah! ¿Es la que ayer querías ofrecerme?

— Y que tú rechazaste, por lo que te estoy agradecidísimo, pues ninguna como ella sabe arreglarme con arte los pliegues de la toga.

No había terminado la frase cuando Eunica se presentó, no pudiendo disimular su alegría. Cuidadosamente cumplía su misión y Petronio seguía todos sus movimientos. Le parecía hermosísima. Puso la toga á su señor y colocó los pliegues con suma gracia.

— ¡Eunica!, dijo luego Petronio. ¿Ha venido ya, llamado por Tiresias, el hombre de que hablaste ayer?

— ¡Ha venido, señor!

— ¿Su nombre?

— Quilón Quilónides.

— ¿Y qué es ese hombre?

— Un médico, un sabio, un adivino, que sabe leer el destino de las personas y les predice el porvenir.

— ¿Te lo ha predicho?

Eunica se sonrojó, diciendo con visible emoción:

— Sí, señor; me aseguró que sufriría un gran dolor y que después tendría una gran fortuna.

— El dolor te lo causó ayer Tiresias con la vara; ahora, pues, te aguarda la fortuna.

— La tengo ya, señor.

— ¿Y en qué consiste?

— ¡En no salir de aquí!, murmuró en voz baja.

Petronio le acarició los dorados cabellos con la mano.

— Hoy me has colocado divinamente la toga; estoy satisfecho de ti.

Lágrimas de gozo humedecieron los hermosos ojos de la esclava, cuyo corazón latió con violencia.

Petronio y Vinicio pasaron en seguida al atrio, donde Quilón Quilónides les esperaba. Al verles, se deshizo en profundas reverencias y exagerados saludos, y Petronio no pudo menos de sonreír mirando al que había creído amante de Eunica. ¡El hombre que tenía ante sus ojos no podía ser amante de ninguna mujer!

En aquella extraña figura lo vulgar se unía á lo ridículo; no podía decirse que fuera viejo, pero en su barba sucia, en sus encrespados cabellos asomaban algunos pelos grises.

El pecho hundido y las espaldas encorvadas le daban el aspecto de un jorobado, y sobre la joroba se asentaba una enorme cabezota, que reunía en sí rasgos del mono y del zorro. El rostro amarillento estaba lleno de excrecencias, y la nariz encarnada y esponjosa delataba su afición al báquico licor. Su traje, compuesto de una raída túnica de lana de cabra y un destrozado manto de igual tejido, contribuía á darle un aspecto de extremada pobreza, fuese verdadera ó fingida.

Al ver á aquel hombre, Petronio recordó al homérico Tersites; por lo cual, respondiendo con un gesto de la mano á sus reverencias, le dijo:

— ¡Salud, oh divino Tersites! ¿Qué se han hecho los rasgados vestidos que te dió Ulises en Troya? ¿Y qué hace él en los Campos Elíseos?

— Noble señor, respondió Quilón, Ulises, el sapientísimo entre los muertos, envía por mi conducto un saludo á Petronio, el sapientísimo entre los vivos, y además el ruego de que cubras con un nuevo manto estos hábitos destrozados.

— ¡Por Hécate tríforme!, exclamó Petronio. La respuesta merece un manto nuevo.

Pero aquí el diálogo fué interrumpido por Vinicio, que, impaciente, preguntó á Quilón:

— ¿Tienes perfecta idea de la empresa que vamos á confiarte?

— Cuando en dos casas de patricios no se habla de otra cosa y cuando media Roma repite la historia, ¿cómo es posible ignorarlo? La otra noche, una joven llamada Licia, y más propiamente Calina, criada en la casa de Aulo, fué secuestrada. Tus esclavos, señor, la conducían desde el palacio de César á la ínsula, y yo me empeño en encontrarla en la ciudad, ó si ha salido de ella, averiguar dónde se esconde.

— ¡Perfectamente!, dijo Vinicio, á quien satisfizo la precisión de la respuesta. ¿Y qué medios emplearás para ello?

Quilón sonrió como un hipócrita, diciendo:



— Tus medios, señor, y mi espíritu.

Petronio no pudo contener la risa, mostrándose contento con el hallazgo de aquel tipo.

— He aquí un hombre que acabará por encontrarla, pensó.

Vinicio, en cambio, arrugando el entrecejo, le amenazó de este modo:

— ¡Pobre de ti, si crees engañarme por amor al lucro!; en tal caso, no olvides que te haré azotar sin piedad.

— Soy un filósofo, señor, y un filósofo no puede ambicionar ganancias, y menos del género de las que tú me has ofrecido generosamente.

— ¡Ah! ¿Tú eres filósofo?, preguntó Petronio. Pues Eunica me dijo que eras médico y adivino. ¿Cómo conociste á Eunica?

— Recurrí á mí por remedio, pues mi fama llegó á sus oídos.

— ¿Y qué clase de remedio necesitaba?

— Remedio para el amor. Quería curar su amor no correspondido.

— ¿Y tú la curaste?

— Hice más, señor. Le dí un amuleto que garantiza la correspondencia. En la isla de Chipre hay un templo en el cual se conserva un ceñidor de Venus. Yo le dí dos hilos del mismo, encerrados en una cáscara de almendra.

— ¿Y se los hiciste pagar muy caros?

— Nunca parece caro lo que se paga por un amor correspondido, y yo, que tengo la mano derecha con dos dedos cortados, recojo dinero para comprarme un esclavo á quien dictar mis pensamientos y legar así mi ciencia á las futuras generaciones.

— ¿A qué escuela perteneces, sabio divino?

— Soy un cínico, señor, porque visto un manto raído; soy un estoico, porque soporto pacientemente la miseria; soy un peripatético, porque, no poseyendo una litera, voy á pie de una taberna á otra, y andando, enseño á aquellos que me ofrecen en recompensa un bocal de vino.

— Y cuando bebes, ¿eres quizás un retórico?

— Heráclito dice que todo es líquido; ¿puedes negar que el vino es líquido?

— También decía que el fuego era cosa divina; tal divinidad se refleja claramente en tu nariz roja.

— Pero el divino Diógenes de Apolonia predicaba que el aire es la esencia de todas las cosas; y cuanto más caliente, más perfectas son las criaturas por él producidas. Ya que los otoños se presentan fríos, el sabio concienzudo deberá calentarse el alma con buen vino. ¿Y podrás impedir que un bocal de los que producen Capua ó Telesia tenga la virtud de calentar las fibras de un pobre cuerpo humano caduco?

— Dime, Quilón, ¿dónde has nacido?

— Junto al Mar Negro; procedo de Mesembria.

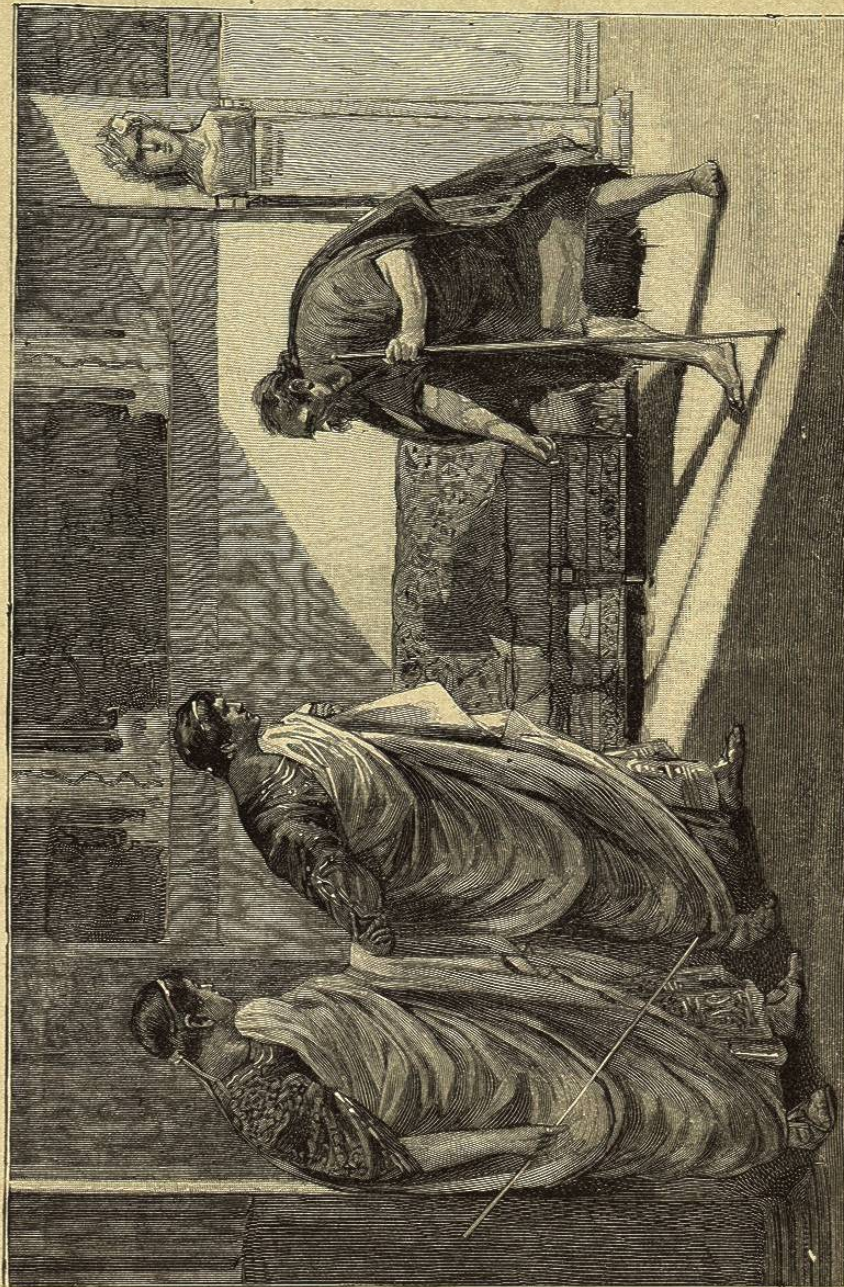
— ¡Oh, Quilón! ¡Tú eres grande!

— Y desconocido, añadió el sabio con aire pensativo.

Vinicio volvía á impacientarse. Después de hacerle vislumbrar Quilón un rayo de esperanza, deseaba que aquel extraño personaje empezase á cumplir lo prometido. Por eso todos los discursos le parecían tiempo perdido y se irritaba contra Petronio.

— ¿Cuándo comenzarás tus averiguaciones?, preguntó al griego.

— Las he comenzado ya, contestó Quilón. Y desde que estoy aquí y respondo á tus benignas preguntas, puedo decir que no hago más que averiguar. Cree, noble tribuno, que si perdieras las cintas de tus sandalias, yo sabría encontrarlas, ó encontraría al que las hubiese recogido.



Petronio y Vinicio pasaron en seguida al atrio, donde Quilón Quilónides les esperaba



- ¿Te has empleado ya en servicios semejantes?

El griego levantó los ojos al cielo.

- Hoy día se estiman en poco la virtud y la ciencia, y el filósofo se ve obligado á recurrir á otros medios para vivir.

- ¿Y en qué consisten los tuyos?

- En saberlo todo y procurar noticias al que las necesita.

- Y al que las paga con esplendidez.

- Os dije ya que he de comprar un esclavo escribiente. Si no puedo lograrlo, toda mi ciencia morirá conmigo.

- Si no has conseguido reunir lo bastante para comprarte un manto, quiere decirse que tus servicios no se han apreciado en lo que valen.

- La modestia me impide hablar. No olvides que hoy no abundan aquellos bienhechores que antes eran tan numerosos y que encontraban, recompensando con el oro los menores servicios, la misma complacencia que engullendo una ostra de Puzzolo. ¡No! Mis servicios no son insignificantes, pero la gratitud humana es mezquina. Cuando, por ejemplo, huye un esclavo de precio, ¿quién lo encuentra sino el hijo único de mi padre? Cuando se ven sobre los muros inscripciones ofensivas contra la divina Popea, ¿quién descubre al autor? ¿Quién sabe hallar en las librerías versos escritos contra César? ¿Quién sabe referir las conversaciones de senadores y patricios? ¿A quién se confían cartas que no se confiarían á un esclavo? ¿Quién espía todas las novedades en las puertas de los barberos? ¿Para quién no tienen misterios las tabernas y las panaderías? ¿En quién confían los esclavos? ¿Quién puede penetrar con la mirada en todas las casas, desde el atrio hasta el jardín? ¿Quién conoce todas las calles, todos los caminos, todos los escondrijos? ¿Quién está en el caso de saber todo lo que se dice diariamente en los baños, en el Circo, en el mercado, en las salas de armas, entre los mercaderes de esclavos y hasta en el Anfiteatro?

- ¡Por todos los dioses, basta ya, ilustre omnisciente!, exclamó Petronio. Quedamos confundidos ante el cúmulo de tus aptitudes, ante tus virtudes y tu elocuencia. ¡Basta ya! Deseábamos saber quién eras, y ahora lo sabemos.

Vinicio se mostraba contento, pues pensaba que aquel hombre, parecido á un perro, puesto una vez sobre el rastro, no estaría tranquilo hasta dar con el escondite.

- Pues bien, dijo, ¿necesitas algunos datos?

- Necesito un auxiliar.

- ¿De qué clase?

El griego extendió una mano, haciendo con la otra movimientos significativos como si contase dinero.

- ¡Así están los tiempos!, dijo suspirando.

- Entonces quieres parecerte á aquel asno, observó Petronio, que pretende adquirir fuerzas con su albarda cargada de oro.

- Yo no soy más que un pobre filósofo, respondió Quilón. El oro lo tenéis vosotros.

Vinicio le arrojó una bolsa, que el griego cogió diestramente al vuelo, si bien faltaban dos dedos á su diestra. Después echó hacia atrás su cabeza y dijo:

- Sé más de cuanto puedes figurarte. No he venido aquí á ciegas. Sé muy bien que Aulo no fué quien robó á la muchacha, pues hablé con sus esclavos. Sé también que no se halla en el Palatino: allí están todos en torno al lecho de la enferma, y sé quizá también adivinar por qué preferís buscar á Licia con mi auxilio á encargar de esta misión á la guardia de la ciudad y á los soldados imperiales. Sé

además que un esclavo compatriota de Licia facilitó su fuga. Él no podía encontrar cooperadores entre los esclavos, porque todos se entienden entre ellos y no hubiera querido luchar contra los tuyos. Así pues, algún secuaz de su religión debió ayudarle.

- ¿Oyes, Vinicio?, exclamó Petronio. ¿No te dije lo mismo exactamente?

- ¡Esto es para mí un honor!, dijo Quilón. La joven, señor, continuó, dirigiéndose á Vinicio, adora, indudablemente, la misma divinidad que la virtuosa dama romana, llamada Pomponia, esa verdadera matrona. También he oído asegurar que Pomponia adora en su casa á un Dios extranjero; pero no he podido saber por sus esclavos de qué Dios se trata, ni cómo se llaman sus secuaces. Si lograrse saberlo, iría á encontrarlos, y para ganarme su confianza, me fingiría el más devoto entre los devotos. Pero tú, señor, que conoces desde hace tiempo á la familia del noble Aulo, por lo que me consta, ¿no podrías darme algún dato acerca de esto?

- ¡No puedo!, dijo Vinicio.

- Vosotros me habéis dirigido muchas preguntas y yo os he contestado á conciencia; ¿me permitís que, á mi vez, os haga una? ¿Has observado, noble señor, cerca de Pomponia ó de tu divina Licia alguna imagen, algún voto, algún signo ó algún amuleto? ¿No las has visto entenderse entre ellas con algún signo incomprendible para ti?

- ¿Un signo? ¡Espera! Vi un día á Licia dibujar un pez sobre la arena.

- ¿Un pez? ¡Ah! ¡Oh!.. ¿Y repitió el dibujo ó lo trazó una vez sola?

- Una vez nada más.

- ¿Y estáis seguro, señor, de que se trataba de un pez? ¡Oh!..

- ¡Sí!, respondió Vinicio, con viva curiosidad. ¿Adivinas lo que puede significar?

- ¿Si lo adivino?.., exclamó Quilón. Y haciendo reverencias para despedirse, añadió: ¡Que la diosa Fortuna os colme á todas horas con sus dones, oh ilustres señores!

- Ordena que se te traiga un manto, le dijo Petronio.

- ¡Ulises te lo agradece por medio de Tersites!, contestó el griego, que inclinándose otra vez, salió de la estancia.

- ¿Qué tienes que decir de este nobilísimo sabio?, preguntó Petronio.

- Que encontrará á Licia, respondió con gozo Vinicio; pero añadido que si existiese el reino de los tramposos y fulleros, ese sería el rey.

- Verdaderamente; y yo quiero conocer más de cerca á ese estoico; pero entretanto, voy á hacer que perfumen el atrio.

Quilón Quilónides, envuelto en su manto nuevo, llevaba en la mano, escondida debajo de los pliegues, la bolsa que había recibido de Vinicio y de la cual admiraba el peso y el sonido.

- Debo ir á casa de Esporo y beber algo en honor de la Fortuna, decía para sí. Por fin he encontrado lo que buscaba hace tanto tiempo. Es joven, ardiente, generoso y pronto á dar media vida por cualquier tontería. Es el hombre que me hacía falta. No hay que olvidar aún la prudencia al acercarse á él, pues tiene un modo de arrugar el entrecejo que no tranquiliza. El mundo es hoy de los prepotentes. ¡Oh dioses! Ahora se recompensan con más largueza los servicios de un medianero, que la misma virtud... ¿Ha dibujado un pez en la arena? ¡Si comprendo lo que esto significa, que me ahorquen! Pero acabaré por comprenderlo. Los peces viven en el agua, y buscar en el agua es mucho más difícil que en la tierra; luego deberá pagar algo más por ese pez. Otra bolsa como esta, y podré comprarme un esclavo. Pero ¿qué dirías, Quilón, si te aconsejase que compraras una esclava? Te conozco y sé que seguirías mi consejo. Y si, por añadidura, fuese hermosa como



Eunica, á su lado te sentirías más joven y tendrías además una buena renta segura. He vendido á la pobre Eunica dos hilos de mi manto. ¡Qué inocente! Pues, á pesar de eso, si Petronio me la cediese, la aceptaría. ¡Sí, sí, Quilón; tú has perdido á tu padre y á tu madre! Eres un pobre huérfano: consuélate con una esclava. Pero es preciso ofrecerle un alojamiento: Vinicio debe pensar en procurárselo; necesitará también vestidos, y Vinicio los pagará; y además tendré que mantenerla..., á expensas de Vinicio. ¡Ay, qué vida más perra! ¿Dónde están aquellos tiempos en que se podía comprar por una moneda tanta carne de cerdo capado y tantas habas, que no cabían en una mano? Pero aquí está Esporo. En la taberna será más fácil saber algo.

Así, hablando consigo mismo, entró en el despacho y pidió un bocal de lo tinto. Observando cierta vacilación en el tabernero, sacó de la bolsa una moneda de oro, y echándola sobre la mesa, dijo:

— Hoy he trabajado con Séneca desde el alba hasta el mediodía, y esto es todo lo que me ha dado en recompensa.

Los ojos atónitos de Esporo se abrieron aún más ante la moneda y no tardó en presentarse el vino pedido. Quilón mojó en él un dedo, y después de dibujar un pez sobre la mesa, dijo:

— ¿Sabes lo que esto significa?

— ¿Un pez? Pues... un pez, ¡no hay duda!

— ¡Por mucha agua que echés en tu vino, es muy difícil que se críen peces en él, estúpido! Este es un símbolo que en el lenguaje filosófico significaría: la sonrisa de la Fortuna. Si tú lo hubieses adivinado, también hubieras hecho tu fortuna. Cultiva, pues, la filosofía: ¡recuérdalo! De lo contrario, cambiaré de taberna, como hace ya tiempo me aconseja Petronio, mi excelente amigo personal.

## XIV

Después del precedente coloquio, Quilón no se dejó ver en algún tiempo. Vinicio, desde que tenía la seguridad del amor de Licia, estaba más anheloso de encontrarla y se entregó enteramente á su busca.

No consideraba oportuno dirigirse á César, estando Nerón en ansia perpetua por la vida de la enfermita.

De nada sirvieron los sacrificios y las rogativas en los templos, de nada el arte de los médicos, ni los exorcismos de los magos, á los cuales se recurrió para que no se dijese que no se había probado todo. Al cabo de una semana, la niña murió. La corte y Roma entera quedaron sumidas en el dolor más profundo.

El emperador, que pareció enloquecer de alegría cuando nació su hija, estaba loco de desesperación al verla morir. Se encerró en sus habitaciones, negándose durante dos días consecutivos á tomar alimento y á recibir á los senadores y cortesanos que iban á expresarle sus sentimientos de condolencia. El Senado se había reunido en sesión extraordinaria para acordar los honores que debían tributarse á la muerta. Se decidió erigirle un templo y destinar un sacerdote á su servicio. Se ofrecieron á los dioses muchos sacrificios y se fundieron estatuas de precioso metal. Los funerales fueron imponentes, y durante los mismos, el pueblo tuvo que afligirse ante las manifestaciones de paternal sentimiento de su emperador, y lloró con él, extendiendo las manos para obtener dádivas y gozando extraordinariamente á la vista de un espectáculo semejante. La muerte, en tales circunstancias, no pudo menos de impresionar á Petronio; toda Roma sabía que Popea la atribuía á influencias malignas, y en ello convenían también los médicos, justificando así la inutilidad de sus desvelos, y lo mismo hacían los sacerdotes, que en vano habían llevado sus sacrificios á los templos, y los magos, que temían por sus vidas. Petronio se alegraba de la fuga de Licia, pues era augurio de bien para él y Vinicio, y no lo era de mal para Aulo y Pomponia. Cuando se quitó el ciprés que se había expuesto en el Palatino en señal de luto, Petronio quiso visitar á César para observar si había dado crédito al rumor del sortilegio, y en caso afirmativo, evitar las posibles consecuencias.

Conocía á Nerón y sabía que no prestaba fe á las magias; pero era hombre capaz de fingir que creía en ellas, para dar cierto tono dramático á su dolor y encontrar una víctima expiatoria. Al mismo tiempo, esta farsa desvanecía las sospechas de que los dioses hubieran querido castigarle por sus delitos. Petronio no admitía que César pudiese amar verdaderamente ni á su misma criatura, y comprendía que exageraba su dolor: Nerón acogía con rostro inmóvil y mirada extraviada á los senadores y cortesanos, y no podía ocultarse que, si en realidad sufría, se dedicaba á observar la impresión que su dolor producía en los demás. Su semblante era la representación del de Niobe, y en él se leía el estudio para expresar el dolor paterno,